

a cuyo capitán le han quitado hasta el reloj, encuentran más cómodo proseguir poco a poco su itinerario y ensayarse en este género de proezas que exponerse a dar de manos a boca con el señor Méndez Núñez, del cual seguramente no esperan un cordial recibimiento.

Entretanto que los chilenos aguardan a sus salvadores, que como el Mambrú de la canción no saben cuándo llegarán, si por la Navidad o la Pascua, el jefe de nuestra escuadra se colca frente al Callao, donde habrá dado ya principio la segunda parte del drama representado en Valparaíso.

Aguardando nuevas del Callao, cuyo ataque es de presumir pondrá término a la cuestión chileno-peruana, y en el corto espacio que nos dejan libres las preocupaciones políticas, siguen entre nosotros agitándose asuntos de diversa índole, aunque encaminados todos a remediar el estado financiero del país. Puestas sobre el tapete las cuestiones de economías, el Estado y los particulares, grandes y pequeños, ricos y pobres, cada cual por su lado procura dar una pronta solución al problema que se encierra en estos dos términos: «gastar menos y ganar más», y como es de presumir, se ha comenzado por lo que parece más fácil, esto es, por cerrar el bolsillo.

Ha dicho, no sabemos quién, y lo repite todo el mundo, que los extremos se tocan, y nunca como ahora viene de molde la observación. Tan mal hemos de vernos gastando más de lo que cada cual tiene, como metiéndonos el último duro en el bolsillo y poniéndole la mano encima. Bueno es que se piense en disminuir los gastos, pero sin que se olvide que la prosperidad estriba en el aumento de los productos. Por eso notamos con gusto que en medio de los generales pujos de economía, que concluirán por hacer de el *Gran Tacaño* el tipo del hombre modelo, hay quienes piensan todavía en acometer grandes empresas, como la que en la actualidad se agita, destinada a llevar a cabo la colonización de los terrenos yermos de España.

Esta empresa, que si se realiza ha de dar grandes resultados a los que la acometan, cuenta ya con mil familias de pequeños propietarios alemanes los cuales se trasladarán a nuestro país, trayendo además del producto de la venta de sus bienes, ganado vacuno escogido entre las mejores razas, instrumentos de labranza perfeccionados y modernos y máquinas para establecer nuevas industrias. Lo mismo para la construcción de las habitaciones tales como pequeñas aldeas, granjas y

alquerías, que para las plantaciones y el cultivo, se adoptarán los adelantos ensayados ya con admirable resultado en las grandes colonizaciones que actualmente se llevan a cabo en otros países.

Con el anuncio de la próxima realización de este pensamiento que viene preparándose de largo tiempo atrás, los preparativos para una junta extraordinaria en que se han de repartir los premios que la Sociedad abolicionista señala a la mejor poesía alusiva al objeto que sus asociados se proponen, y la celebración de la fiesta del *Corpus*, que, como de costumbre, ha llevado una multitud de forasteros a los puntos que con más pompa se celebra, concluye la historia de la última semana del mes de mayo, que, a juzgar por lo sucedido más bien que mes de las flores, deberíamos llamar mes de las lluvias y las fiestas.

HEMOS conseguido un triunfo. Querer dar idea del entusiasmo y el interés que han despertado en el país las últimas noticias recibidas del Pacífico, sería desear un imposible. Durante los últimos días de la semana las más ardientes cuestiones, los más importantes asuntos políticos se han pospuesto a las infinitas versiones y comentarios con que el deseo y la esperanza adornan los breves partes telegráficos que nos dieron las nuevas.

¿Qué ha sucedido en el Callao? He aquí la pregunta estereotipada en todos los labios en el momento en que escribimos estas líneas, y a la que solo contesta el telégrafo con su desesperante concisión.

Verdad es que la fantasía no se detiene en barras, y lo que no ve lo presume, y lo que no acierta a presumir lo inventa. Merced a este procedimiento, no faltan detalles en algunas publicaciones, y noticiero hay que

relata lo acontecido con más pormenores que si hubiese presenciado la acción desde el tope de la *Numancia*. De estas relaciones prematuras debe desconfiarse siempre. Tomando por base la verdad conocida, cada cual le presta la forma que mejor conviene a sus intereses o sus simpatías. Hasta el momento sólo puede decirse que el jefe de nuestra escuadra comienza a justificar la hermosa frase que pronunció contestando a los agentes diplomáticos de las potencias neutrales: *Más quiere España honra sin barcos, que barcos sin honra.*

Fácil hubiera sido al señor Méndez Núñez, después del bombardeo de Valparaíso, continuar arrasando las poblaciones de las costas chilenas y peruanas que contaban con pocos medios de defensa; fácil le hubiera sido igualmente posesionarse desde luego de las Chinchas, asegurando la indemnización de guerra al mismo tiempo que proporcionaba a la escuadra un punto de reposo; pero ni el rehuir el peligro es propio de hombres de su temple, ni cuadra al carácter de la cuestión que sostenemos con aquellas repúblicas, atender a los intereses materiales antes que al de la honra.

El Perú había acumulado todos sus medios

de defensa en el Callao; allí estaba, por decirlo así, el corazón de la liga, allí los únicos que resguardados por las formidables fortificaciones se atreverían a defenderse: un deber de honor obligaba a nuestros valientes marinos a ir allí en busca de esa honra que España desea, aunque para adquirirlauviésemos que perder algún barco.

En efecto: nuestros buques han sufrido considerables averías; alguno de ellos, dicen que se ha inutilizado, pero la gloria de la jornada pertenece a los españoles. Cualquiera que sea en definitiva el éxito del ataque, cuyos pormenores oficiales ignoramos, podemos repetir las palabras que a este propósito ha dicho en el Congreso un diputado de la oposición: *Vencidos o vencedores, nuestros valientes marinos merecen el aplauso de sus compatriotas.* Basta detenerse un momento a considerar la magnitud de la empresa para comprender el mérito de los que la han acometido.

Aprovechándose del intervalo de paz debido al último convenio que se celebró con el Perú, este viene trabajando activamente hace mucho tiempo en completar las fortificaciones de la más importante de sus plazas marítimas. Ingenieros y material de guerra.

trazas de las nuevas defensas y cañones para artillarlas, todo se debe a extranjeros, norteamericanos en su mayoría, más duchos y avezados en este linaje de cosas que nuestros enemigos. El Callao al presentarse enfrente nuestra escuadra ofrecía un aspecto formidable, contándose en las baterías de tierra hasta cien cañones artillados, muchos de ellos del enorme calibre de 450. Méndez Núñez con sólo dos buques blindados apenas fuertes lo bastante para sufrir el empuje de tan monstruosos proyectiles, con algunas otras embarcaciones de madera, y no contando sino con bocas de fuego de menor calibre, ha bombardeado el Callao por espacio de cuatro horas. Por razón del alcance de sus cañones, la escuadra española debió estar situada durante el combate a menos de medio tiro de las baterías peruanas, sufriendo un horroroso fuego, al que contestaron incendiando parte de la población, desmontando un fuerte y causándoles a los enemigos gran número de víctimas, entre las que se hallan el ministro de la Guerra y algunos otros jefes conocidos.

Tan satisfactorios resultados no han podido lograrse sin que nuestros buques sufrieran averías de alguna consideración. Precisamente en el peligro que ofrecía la lucha consiste

la gloria que nuestros marinos han alcanzado en la jornada. En los primeros partes se indicó que tres de los buques de madera se habían visto forzados a retirarse del teatro de la acción, después de haber desmontado varios fuertes, haber volado un polvorín y causado grandes destrozos en la ciudad, quedando la *Numancia* para responder al fuego de dos baterías blindadas, únicas que pudieron resistir al empuje de nuestros cañones.

También se dijo que entre los varios oficiales españoles heridos, lo estaban de gravedad el comandante de la *Resolución*, y levemente el señor Méndez Núñez. Respecto al segundo, otros partes recibidos a última hora desmienten la noticia y lo presentan disponiéndose a reiterar su ataque contra el Callao, desde donde marchará a posesionarse de las islas Chinchas, en las cuales esperará el resultado de la guerra.

Según lo habíamos previsto, la cuestión de España con Chile y Perú se aproxima al desenlace, y la segunda parte del bombardeo del Callao le servirá de epílogo. Todo conspira a que así suceda. El *Huascar* y la *Independencia*, magníficos barcos en los cuales fundaban la postrer esperanza, han sufrido deterioros que imposibilitan su uso, por falta de pericia

en su comandantes. Los torpedos, que fabricados en San Francisco de California, habían de servir para destruir cobardemente nuestra marina, han estallado al tiempo de hacer el transbordo, causando innumerables víctimas entre las que se cuenta el comisionado de las repúblicas. Hasta se han enajenado el resto de simpatías que las potencias neutrales pudieran conservar hacia la causa del Perú y de Chile, merced a la conducta usada con los españoles residentes en aquellos países, conducta a todas luces cruel e indigna de una nación que se estima en algo y de la que la humanidad y el propio respeto no nos permiten usar represalias.

Como indicamos al comenzar la revista, los más graves asuntos interiores han palidecido, perdiendo parte de su importancia, ante las noticias que del exterior trae el telégrafo. Aún aguardamos llenos de impaciente ansiedad los detalles del bombardeo del Callao, cuando el termómetro nos anuncia una nueva y brusca variación en la atmósfera política de Europa. ¡La Conferencia ha hecho fiasco! He aquí el doloroso lamento de la diplomacia contristada que ha venido a sacar a los pueblos del dulce éxtasis ocasionado por las ilusiones de la paz. Vuelta a resonar el parche

herido, vuelta a rasgar los aires con el clamor de la trompetería, vuelta a asustarse unos a otros con el espectáculo de formidables aprestos. Nuevos nombramientos de jefes, nuevas marchas y contramarchas de tropas, nuevas combinaciones estratégicas. La palabra alada vuela por los hilos telegráficos y da en algunos instantes la vuelta a Europa diciendo: «La lucha es segura, el conflicto inminente, mañana se declara la guerra.» Pero llega ese mañana precedido de tantos temores y todo continúa lo mismo, y sigue otro no menos acompañado de ansiedades, y las cosas prosiguen en idéntico ser, y dan ganas, por último, de exclamar con Quevedo: *¡Tanto mañana y nunca mañanamos!*

No obstante, ahora, como suele decirse, va de veras. El estado en que se encuentran las cosas no permite más dilaciones: la cuerda del arco no puede continuar tendida, es preciso aflojar a o concluir de disparar la saeta. Acaso cuando éstas líneas lleguen a manos de nuestros lectores, los cañones del Austria habrán dado la señal del combate, tal vez la revista siguiente no baste a contener la sumaria relación de los altos hechos ocurridos en la semana próxima. En todos los círculos políticos, en todas las publicaciones importantes,

se habla ya de la guerra como de cosa segura. Esta conformidad de pareceres nos intimida y nos retrae de expresar libremente una vaga creencia propia, sin fundamento, irrazonable si se quiere, pero que si tuviésemos la energía de Galileo, nos haría exclamar al mismo tiempo que damos cuenta del verdadero estado de la cuestión: *é pur si muove*, o lo que es lo mismo a pesar de tantos aprestos, aún no hemos oído el primer cañonazo.

Correspondencias muy autorizadas aseguran que inspeccionando el jefe del vecino imperio los colosales trabajos para la futura Exposición Universal, ha dirigido a los obreros y a las personas agrupadas en torno suyo estas significativas frases: «Trabajad, trabajad con fe, que la Exposición se llevará a efecto pronto, y en medio de la paz de Europa.»

Este es un dato.

Al mismo tiempo que Napoleón pronuncia estas palabras, proyecta un empréstito de 500 millones de francos, y se susurra que en la contingencia de una ruptura con Austria, se pondrá al frente del ejército de la frontera del Rin.

Ahora, con estos antecedentes, ate usted cabos a la política del momento.

Fuera de las noticias que dejamos apuntadas, y que son los ejes sobre que gira la conversación en todos los círculos, la publicación extranjera no ofrece ningún asunto de interés. Aunque saliendo de la política, quisiéramos buscar entre nosotros algunas novedades con qué amenizar nuestro trabajo, tampoco lo encontraríamos hoy.

Si la revista de *El Museo* ha de ser un espejo fiel de la fisonomía de la semana, cuyos sucesos y preocupaciones culminantes trata de condenar en algunos párrafos, por fuerza ha de reflejar en esta ocasión las dos solas cuestiones que han monopolizado el interés público. La cuestión italiana y nuestros asuntos del Pacífico.

QUISERAMOS poder dar idea a nuestros lectores del afán y el creciente interés con que se reciben y comentan las noticias del Pacífico, pues sólo así lograríamos que se reflejasen en nuestra revista el movimiento y la entusiasta agitación de la semana última.

Como se pudo presumir, atendida la precedencia de los primeros detalles que se recibieron en Europa, los sucesos del Callao han sido más brillantes y menos costosos para España que lo que prudentemente debía esperarse de una tan arriesgada y difícil empresa.

La lectura de los partes oficiales ha dado ocasión en ambas Cámaras a escenas de entusiasmo imposibles de describir. Suspendidas por un momento las más empeñadas y ardientes discusiones, depuestas en aras del patriotismo y de un elevado sentimiento de orgullo nacional las diferencias políticas que

los separan, los representantes del país se han mostrado unánimes en su deseo de significar la admiración que en todos produce la conducta de nuestra valiente escuadra del Pacífico y del esforzado jefe que la dirige.

Varias son las proposiciones que con este objeto se han presentado en los cuerpos colegisladores, dando lugar a que algunos de nuestros hombres políticos más caracterizados pronunciasen breves y elocuentes discursos que el público que ocupaba las tribunas acogió a su vez con significativas muestras de aplauso.

En las provincias, si hemos de juzgar por los partes telegráficos que continuamente se reciben, también han producido inmensa sensación tan satisfactorias nuevas. Las corporaciones municipales se apresuran a felicitar a los valientes marinos españoles por su comportamiento en el Callao; en algunos puntos la alegría popular se ha manifestado por medio de ruidosas y públicas aclamaciones. Verdaderamente el suceso tiene más importancia de la que a primera vista se le concedió.

El triunfo de España sobre las repúblicas aliadas del Perú y Chile marca el principio de una era de prosperidad y de gloria para nuestro país, que difícilmente podrán des-

conocer sus más tenaces detractores. Tener buques no es tener marina, suele decirse, no sin falta de razón. Si los ejércitos de tierra no se improvisan, el personal apto para las luchas de los mares mucho menos. El ejemplo de las fragatas *Huascar* e *Independencia*, magníficos buques blindados adquiridos por el Perú a fuerza de los mayores sacrificios, y que, sin embargo, les son casi inútiles por falta de gente práctica que los dirijan, viene a confirmar la opinión general sobre este asunto. Rotas por un momento las gloriosas tradiciones de nuestra marina nacional, por el miserable estado a que vino en época no muy lejana, no sólo en las apartadas regiones donde sostenemos la guerra, sino en los países que más exacta noticia podrían tener de nuestras cosas, dudábase aún que fuera una verdad su restablecimiento.

Unos construídos en nuestros arsenales, otros en los de Francia e Inglaterra, poco a poco iba poblándose el mar con buques en cuyos altos mástiles ondeaba la bandera española. De año en año la estadística arrojaba un sensible aumento en las fuerzas navales del país, que caído al más inconcebible estado de postración, había ocupado no obstante uno de los primeros puestos entre las potencias que se



llamaban dueñas del Océano. Pero tener buques no es tener marina, seguían diciendo los que ven con disgusto a España levantarse gradualmente a la altura a que está llamada por sus condiciones, por su posición y su historia. Los esforzados campeones de la honra nacional que a las órdenes del bizarro y entendido jefe señor Méndez Núñez lavan en estos momentos con sangre enemiga el ultraje inferido a su bandera, están dando con su conducta y sus heroicos hechos cumplida respuesta a los que persisten en abrigar semejantes dudas.

El sufrimiento y la constancia, que hacen sobrellevar con alegría y entusiasmo las más duras fatigas de tan rudo y trabajoso ejercicio; la pericia y el saber, que le dan el dominio del temible elemento en que vive; la serenidad y el valor, que prestan ánimo para arriesgarse en las más difíciles empresas. He aquí las grandes cualidades que constituyen un buen marino.

De todas y de cada una de ellas han hecho alarde nuestros hermanos a los ojos del mundo. La *Numancia*, resolviendo el problema náutico planteado a propósito de la dificultad de conducir una embarcación blindada a tan remotas regiones, y la *Blanca* y la *Villa de*

*Madrid*, maniobrando bajo el fuego de los cañones enemigos y con la sola ayuda de la carta marina por entre los peligrosos bajíos y escollos del puerto de Abatao, en Chile, han dado una prueba irrefutable de su práctica y sus grandes conocimientos.

En el rescate de la barca *Heredia*, hecho por una goleta en medio de un puerto enemigo, a la presencia de sus buques y de sus fuertes; en el combate de Chile, el bombardeo de Valparaíso, y, por último, el ataque del Callao, donde desdeñando todo género de ventajas, han arrostrado nuestros marinos durante un día entero los disparos de más de setenta cañones monstruos, hasta lograr apagar sus fuegos, echar a pique los monitores y destruir gran parte de la ciudad, han ofrecido el más notable ejemplo de valor y arrojo.

Durante cuatro años consecutivos de estar en pie de guerra, cuatro años de sufrimientos y privaciones, en cuyo transcurso han carecido a veces de lo más necesario, teniendo que recurrir al ingenio, a un trabajo ímprobo y una habilidad prodigiosa para reparar todos los desperfectos y averías propios de tan larga y peligrosa navegación, han hecho por último evidentes las prendas de carácter que

les adornan, la admirable disciplina a que se sujetan y la satisfacción y el entusiasmo con que saben sobrellevar los más rudos trabajos por servir a la patria, que funda en ellos su esperanza y su orgullo.

Esta justicia, que no han podido menos de hacerles los hombres y las publicaciones más notables del extranjero, rectificará debidamente la errónea idea que acerca de nuestra verdadera significación se quiere hacer valer por los enemigos de las glorias de España. Tenemos, pues, buques y tenemos marina, porque nuestras costas dan de sobra gente de mar avezada a sus luchas, y contamos con bravos y entendidos oficiales que los dirijan. Esto es lo que importaba demostrar y esto es lo que hemos demostrado en la primera ocasión en que nuestra escuadra ha podido hacerlo.

He aquí la razón por qué nosotros damos a los sucesos del Callao grande importancia, y encontramos justificadas las muestras de alegría y de entusiasmo con que el país acoge las nuevas que se relacionan con el mismo asunto. Es, por otra parte, tan raro ver acordes en un punto todos los deseos, los votos y las esperanzas de las diferentes fracciones políticas en que nos encontramos subdividi-

dos; se presentan tan escasas coyunturas de recordar que por cima de nuestras pequeñas discordias, nuestras luchas de intereses, de vanidad o de preocupación, hay un alto sentimiento de patriotismo, que en ocasiones solemnes se sobrepone a todo y todo lo une y lo armoniza para el logro de la idea nacional, que aunque la guerra que sostenemos en aquellas distantes regiones sólo sirviese para fortificar estos lazos comunes de amor a la patria, levantando, siquiera por momentos, el espíritu público y apartándole de mezquinas luchas, podríamos dar por bien y gloriosamente empleados los costosos sacrificios y la generosa y noble sangre que nos cuesta.

¡Sirva de consuelo a los que lloran sensibles pérdidas el tributo de admiración con que sus conciudadanos premian el heroico comportamiento de las víctimas, y la idea de que esa sangre no se ha ofrecido en holocausto ante el mezquino altar de los personales intereses de partido, sino ante el ara santa de la patria que se apresta a recompensar sus hechos y a perpetuar su memoria!

Embebidos durante la semana última en analizar, comentar y discutir las noticias del Callao, la cuestión de la guerra austro-prusitaliana nos ha preocupado poco. Verdad es

que la cuestión no adelanta mucho, y, no adelantando, le sucede lo que a las situaciones muy críticas y tirantes en la escena: que en prolongándolas más de lo justo pierden todo su interés, y acaban por aburrir a los espectadores. Y eso que movimientos, marchas y contramarchas diplomáticas y guerreras de importantes personajes no han faltado en estos días. Por el pronto, Austria y Prusia han retirado respectivamente sus embajadores de las cortes de Viena y Berlín; Garibaldi ha salido de Caprera y recorre triunfalmente las ciudades de Italia, reclutando voluntarios, mientras que el general Mantuffeld, jefe de las fuerzas prusianas, resuelve por sí y ante sí la peliaguda cuestión origen de tantos conflictos, estableciendo un nuevo Gobierno en los ducados hosteinenses. Pero el suceso que reclama para sí los honores del interés y la atención de Europa en todo este asunto es la lectura de la carta que Napoleón ha dirigido a su ministro de Negocios Extranjeros, y de la cual éste ha dado conocimiento a la Cámara legislativa.

A vueltas de frases ambiguas que nadie ha podido explicarse de una manera satisfactoria, Napoleón declara en ella que uno de sus intereses permanentes, o mejor dicho uno de

los compromisos de honor de la Francia, es mantener el edificio cuyos cimientos se amasaron con la sangre de Solferino y Magenta.

El párrafo en que se alude a la cuestión vital en estos significativos términos es el alma de la carta, y constituyen todo lo que pudiéramos llamar el busilis del negocio. Respecto a si quiere o no quiere las fronteras del Rhin, el hábil diplomático de las Tullerías arma un enredo de frases, que, como en otro documento por el estilo no nos proporcione la solución, no hay quien acierte a descifrar la charada.

Reasumiendo: en una de las semanas anteriores dejamos apuntando los cañones de las partes contendientes. Durante esta última se han encendido las mechas. ¿Dispararán en la próxima? Mucho lo dudamos todavía.

Entre tanto la clausura de los teatros y los continuos fiascos que los artistas y el temporal, puestos en combinación para echar a pié la empresa de los Campos Elíseos, proporcionan al público, nos impiden entretener a nuestros lectores con noticias más agradables y ligeras.